

CUENTO “La búsqueda”

Josué Naim Fernández Matamoros
Escritor y divulgador de las ciencias y las humanidades,
nacido en Orizaba, Veracruz, México, en 1994.



Se despertaba luego de un largo sueño que, aunque largo, fue poco reparador. El dolor de cabeza era apenas un poco menos intenso que el malestar que recorría su cuerpo, acentuado en caderas, piernas y pies. Había pasado varias horas caminando antes de llegar a ese destino, rastreando sus orígenes. Cualquier pista sobre su nacimiento o sus primeros años, o alguna pista que le permitiera saber algo sobre su familia habría valido el largo peregrinar y el dolor físico, pero sobre todo emocional, que traía consigo casi desde que tenía conciencia.

Despertó más por inercia que por gusto. Luego de una noche como la que pasó, hubiera deseado abrir los ojos un poco más tarde y posiblemente, sabiendo algo más sobre sí mismo. Un poco más de lo que apenas sabía de sí.

¿Quién puede gozar de una noche de múltiples encantos, al lado de una experimentada mujer y despertar del todo enfadado? Y a pesar de ello, y aún excitado, a sus molestias físicas y emocionales se sumaba el ligero malestar de no encontrar a su lado, en la cama, a aquella mujer con la que tan bien la había pasado. De la que tanto, y con la que tanto disfrutó.

De algo estaba seguro. Se conocía poco, siendo un extranjero en su propio territorio. Un “algo” ajeno a su propio cuerpo: un desconocido, pero de momento la atención debía centrarse más en su propia búsqueda, en la búsqueda de aquella mujer.

Había encontrado a la que parecía ser un personaje dentro de la comunidad; una “líder” a su manera, y era necesario, además de recompensarle, aproximarse a ella más allá del furor carnal, ganándose su confianza y, quizás, obteniendo de esta proximidad información desde la cual, posiblemente, empezar a encontrarse. Daba la impresión de que todos en la región la conocían, casi como se le conoce a una celebridad, y de que ella los conocía a todos. Varios murmuraban que era “buena en su oficio”, y ninguna persona dudaba que era mejor como mujer. Reconocida, que conocía bien a su pueblo y que, según creía, se conocía también.

Seis años atrás había regresado a esa tierra, con su madurez a cuestas. De joven se vio forzada a migrar, dejando tras de ella todo cuanto había construido en esta. Él, que lo único que sabía era que en



aquella comunidad se había encontrado su familia y su primer hogar, también regresaba, con el ánimo desgastado, aunque con esa vitalidad que da el rastrear el origen personal y el reencontrarse con la tierra en la que se nace, después de estar fuera de ella casi la totalidad de su vida.

Presionándose las sienes, con la boca reseca, se aproximó al borde de la cama para sentarse, reposar un momento y posteriormente asearse. Desde ahí, entre la oscuridad apenas alterada por tres velas que iluminaban un San Charbel, logró ubicar una jícara llena de agua, pero el retorno de aquella mujer lo interrumpió. Bella como en la noche, o quizás más, se le presentó luego de abrir la portezuela que apenas se sostenía por lo vieja que era. Y no llegaba sola; la acompañaban algunos alimentos para merendar que compartió con él para después, con prisas al darse cuenta de la hora, apurarlo a abandonar la habitación, que era prestada casi exclusivamente para su arte.

Aquella oportunidad que tenía de procurarse información que le acercara a su origen familiar parecía perdida por lo que, luego de entregarle los billetes suficientes según lo acordado, seguido de un —*Gracias*—, se limpió los restos de pan sobre los labios, la detuvo —*Solo unos minutos*—, como según le dijo y empezó a relatar su condición. Era un veinteañero que había pasado casi la mitad de su vida rastreando de dónde venía y con ello, quién era. No entró en demasiados detalles, y ella no los pidió. Ni siquiera lo miraba. En realidad, estaba acostumbrada a que, de vez en vez, quienes la frecuentaban le hablaran sobre sus fatídicas relaciones.

Por alguna razón, cuando fue más personal la conversación, girándose, se apartó. Sentada en la cama ahora le daba la espalda mientras fumaba, pero le escuchaba atentamente, aunque, por su aspecto, su mirada perdida y pobre expresión se podía afirmar lo contrario. Y él así lo creía. Se encontraba extrañamente reflexiva. Veía reflejada en esas palabras de alguna manera su historia. El odio en que se tornó el amor de aquel que juró amarla, y la guerra que azotó por aquellos años el pueblo la obligaron a partir, dejando todo cuanto le pertenecía, incluyendo a su familia: una madre enferma y cinco hijos de los cuales, después se supo a voces, solo un par sobrevivió.

Frente a la habitación se encontraban, casi escondidos, los escalones cuyo crujir delataba la proximidad de alguien. El último de los silencios que inundaban cada cierto tiempo aquella habitación se interrumpió para, segundos después, ser rematado con el llamado a la puerta y un grito que buscaba por su nombre a la mujer que seguía reflexiva adentro. El nombre, en voz de otra mujer, se repetía no habiéndose percibido inmediatamente.

Al percatarse de la segunda presencia, el joven se incorporó, y nuevamente como por inercia, se dirigió a abrir la puerta. No obstante, a la mitad de la acción interrumpió su camino. Sus pasos se enlentecieron y su conciencia se enfrió al darse cuenta de que, nuevamente, el destino parecía empeñarse en que, por alguna razón, quizás ahora más que antes, dejara de preguntarse de dónde venía y quién era. —*Espera*— dijo la mujer sujetándole de la muñeca, que tomó con la otra mano sus pocas pertenencias mientras acomodaba los almohadones y las sábanas sobre la cama. —*¡Ya voy!*— contestó a quien llamaba a la puerta.

Se perfumó y se posó enfrente de lo que años atrás había sido un ropero. Ante su espejo, apenas dibujada por unos hilos de luz, a los cuales ya estaba acostumbrada, delineó su boca con labial mientras alentaba al joven a que, si quería, pudiera visitarla con cierta regularidad durante su estancia en el pueblo. Una fórmula común para despedirse de quienes la frecuentaban y que, sin embargo, en esta ocasión, por alguna razón, se escuchaba diferente.

Una “colega” bastante mayor, que era también compañera de alegrías y de penas, se encontraba

detrás de la puerta. En realidad, se trataba de aquella que había iniciado en el oficio a la mujer. La conocía y la apreciaba desde niña, siendo igualmente amiga y compañera de su madre hasta los últimos días de su vida. Aquella confidente que la alentó a abandonar las violencias en medio de las que se encontraba y quien, a su regreso al pueblo, nuevamente la acogió.

—*¡Ya voy!*—desde dentro se escuchó. Se despedían el joven y la mujer, quien le había prometido a este que, tan pronto obtuviera alguna información que pudiera interesarle, se la comunicaría, recomendándole que se acercara a algunas autoridades en la región, repasando una larga lista.

Mencionó, entre otros, al sacerdote, y que de paso se aproximara a las damas del coro, quienes, como el padre, casi se contaban dentro del inventario del templo. Al dueño de la botica del centro, en quien ponía su esperanza una parte importante de los vecinos. Bastaría incluso con situarse a las afueras de su local para enterarse de algunas de las novedades del pueblo, y algo similar comentó del doctor, del panadero y del profesor. —*Quizás ellos sean más útiles que yo*—, modestamente terminó. —*Espero, de verdad, poder volver a verte*—concluyó él, para cederle el paso a ella camino a la puerta.

Parecía no haber ya nadie afuera de la habitación y, para cerciorarse, ambos miraron a cada uno de los lados hasta que ubicaron, sentada en la última escalera, a la mujer que había llamado a la puerta. Ella los volteó a ver al percibir su presencia, cuya respuesta natural, una sonrisa dirigida a ella, se descompuso en un gesto de alegría y tristeza que luego de incorporarse se redefinió. Se paró como impulsada por un rayo, y corriendo hasta donde se encontraban estos, nuevamente mencionó el nombre de aquella y eufórica reclamó...

—*¡María! ¿Por qué no me habías dicho nada? ¡Bendito sea Dios!*—Alzando los brazos al cielo como queriendo alcanzar al Creador, para luego dirigirse al muchacho...

—*¡Carlos! ¡Niño! ¿Dónde has estado? ¡Bendito Dios!*—abrazándolo animosamente, no pudiendo contener el llanto.

—*¡Cómo has crecido! ¿En dónde estuviste todo este tiempo, niño? ¡Has tenido a tu madre con el alma en un hilo!*—mirándolo a los ojos, abrazando ahora a los dos.

—*¡Te hemos extrañado tanto!*

